

**LOS DRAMAS DEL MAR**

---

**Sobre el naufragio del "Zuría"**

---

**LUIS IGARTUA**

¡Pobre Luis! Su muerte ha sido la consecuencia de toda una vida consagrada á la lucha con el feroz elemento que tantas existencias devora.

Como buen plenciano (y lo era de cuerpo entero), allá en los albores de su juventud concibió un amor: ¡el mar! y en él sepultó las energías de su alma.

A los veinte años conocía los secretos del Océano desde Machichaco hasta Buena Esperanza, desde el helado Báltico hasta el ardiente Mar Indico.

Aún me parece verlo.

Pequeño, regordete, sano, rizada la canosa barba, curtido el marino rostro, de simpático y bonachón continente, vulgar aspecto y aniñada voluntad.

Y hé aquí que de pronto el pigmeo se hace gigante.

En la noche del 26 de Octubre pasado el Zuria era arrastrado por furiosa tempestad en las salvajes costas de Heligoland.

Del bravío islote surge, como humanizando sus entrañas de fiera, una barca de auxilio que pretende salvar el comprometido buque.

La oficialidad del Zuria, considerando su deber defender hasta el último trance el tesoro confiado á su pericia, creyendo quizás poder dominar al Océano—quién sabe si llevando al límite el cumplimiento de las leyes del honor—se niega á recibir el necesario auxilio.

¡Épica jornada, sublime desprendimiento!

¡Pobre Luis! Canten plumas vanas el fragor de inhumanas contien- das y el bárbaro heroísmo de batallones exterminados al pie de inferna- les bocas de fuego: hechos que se graban en mármoles y perpetúan en la historia para oprobio de todas las razas.

Mi pluma quiere cantar modesto himno, humilde Requiescat á la pequeña grandeza de un hombre que sacrifica su vida hermosa por salvar la rica hacienda agena, sin que le intimide un punto la furia del alocado mar, el pavoroso lejano cielo, la dura y despiadada costa y la noche fatídica, lúgubre, sorda, acordes todos del concierto funeral, horrible pero grandioso, que preparó la tumba a este puñado de valientes cuya postrera labor se sepultará en el olvido, del mismo modo que sus cuitados restos se sepultaron para siempre en el fondo del mar, afanosa- mente absorbidos por el frágil monstruo de hierro que con tal tesón de- fendieron.

Sí. El humano pensamiento que á menudo cae en los abismos de la pequeñez, se eleva, se idealiza cuando es empujado hacia estos abismos de lo grande.

Pero ¡ay! que al volver los ojos á la realidad, fuerza es considerar las huellas luctuosas que dejan tras de sí estos sacrificios.

¡El bueno de Luis! Jamás le fué la suerte propicia.

Día tras día navegó treinta años sin poder procurarse, por azares de la suerte, la rebuscada reserva de un mal puñado de ochavos.

Su virtuosa mujer murió aún no hace un año, de resultas de una predisposición á los accidentes, ocasionada por un naufragio pasado, el del Ciscar, en que su esposo se salvó milagrosamente, después que la prensa anunció su muerte.

Sus dos tiernas hilas, Isabelita y Feli, quedarían en el arroyo sin el cariñoso amparo de su bondadosa hermana Luisa, casada con modesto comerciante.

La ley de accidentes del trabajo excluye á los oficiales porque no ejecutan trabajos manuales.

¡Oh, leyes pequeñas, de estadistas grandes!

¡Pobre Luis, desventurado!

Si por fin tu errante sombra que giró del Ecuador á los Polos en alas de nunca realizados anhelos, descansa para siempre en ignoradas profundidades á donde no llega el rumor de las humanas miserias; el Inri de tu sacrificio es el castigo de las queridas prendas de tu alma que hoy te lloran sin consuelo como así mismo éste tu viejo amigo del corazón.

ALEJANDRO GARAY.

Plencia, Noviembre, 1905.

